



# Elle à Paris

o

el color de la vainilla

## Ramon Dachs

## Elle à Paris o El color de la vainilla



¿Quién es ella? ¿Un desdoblamiento de su propia alma errante? ¿Ella, Él? *Elle...* Se encontrarán en París a primera hora de la tarde del sábado 20 de marzo. Desde el RER que lo transportaba del aeropuerto a la gare du Nord, él le ha mandado este mensaje al móvil: “Bonjour mer air rêve ile nom aube et la musique qui vient avec toi”. “Bonjour chemin montagne route vivant”, le ha respondido ella en el acto desde el TGV que, procedente de la costa atlántica, la encamina veloz hacia la gare de Montparnasse.

Qui est-elle? C’est lui-même? Un alma errante en dos cuerpos... Acaba de instalarse en la chambre 405 del Est Hôtel, en el 49 del boulevard de Magenta. Una habitación tranquila y agradable. Hace bueno y ha decidido pedir une salade auvergnate et un verre de rouge juliéna en la terraza de Le Réveil du 10ème, en el 35 de la rue Château d’eau. “J’arrive à Montparnasse à 14,20 h. Peux-tu venir me chercher à la gare du Nord ?”. “Oui, je serai à la porte principale. Nous avons une jolie chambre. Bienvenue à Paris”.

Se encuentran en la puerta de la place Napoléon III. Bajo la nubosidad creciente, están los dos radiantes. Camino del hotel, ella se aprovisiona de las frutillas que va comiendo en todas partes: manzanas, mandarinas... Las selecciona detenidamente en un puesto muy vistoso que descubre en el mercado del boulevard Magenta. Mientras lo hace, él recuerda *Suzanne*, la dulcísima canción de Leonard Cohen. Ahora lleva el pelo recogido en el gracioso moño que, a lo largo del día, se hace y deshace sucesivamente. Qué linda.

“Je suis l’âme errante”, afirma *Nadja*, de André Breton, el 4 de octubre de 1926. Pero ni Ella es Nadja (que, por cierto, se alojaba en el Sphinx Hotel del mismo boulevard Magenta), ni Él es Breton. Aunque compartan itinerarios parisinos, son muy distintos. Podría concluirse que tanto él como ella tienen de Nadja y de Breton por un igual; o casi. La habitación 405 es cálida, cómoda, añeja, clara... con encanto. De las dos camas contiguas, ella escoge la de la ventana; queda para él la del baño. Predominan los rojos.

En el Centre Pompidou, visitan dos temporales: *Lucien Freud: l’atelier*, y *Elles*. Freud ha explorado con brillantez nuevas puestas en escena del cuerpo humano. Que todos reconocemos en nuestro imaginario aunque resulten inéditas en un lienzo; esa es la poderosa razón por la que nos subvierte la mirada. Poco interés les merece *Elles*, una muestra que él había sobrevolado en enero al visitar fascinado *La subversión des images: surréalisme, photographie, film*; y rememora *L’Esprit de l’escalier*, de Marcel Mariën.

Al salir, se reúnen con Florent Fajole y Marta Martínez Valls en Jean-Bernard AOC, 157 de la rue Saint-Martin, el *bar à vins* que flanquea la entrada al pasaje Molière por el que se accede a La Maison de la Poésie. Momentos de charla y amistad distendida. La rue Saint-Martin, que se convierte en Faubourg Saint-Martin al cruzar la porte Saint-Martin, es el camino de descenso al Sena y de vuelta a casa; el conducto al hotel en línea recta. Florent editó su *Codex mundi*. Marta traducirá su *Álbum de la Antártida*.

El comedor *art nouveau* 1906 del Bouillon Racine, 3 de la rue Racine, en el primer piso, es un escenario maravilloso para una cena íntima. Aquí se abandonan los dos con placidez para compartir sus recuerdos, inquietudes y fantasmas familiares, amorosos, creativos... perezosamente, sensualmente. Para iniciarse en el otro, en la otra, “por el viaje incesante que conduce de mi alma a ti, así el mundo se transmite en las luces de esta ciudad gótica del siglo XXI.” Así le había dedicado ella su libro en Barcelona. Así.

Matinée en el hotel. Él pide por teléfono que les sirvan el desayuno en la habitación y le responden que el servicio no está previsto. *Désolé*. ¡Cómo que no! Ella sale arrebatada en bata y zapatillas. ¡La sangre de tres de sus abuelos era italiana! Él espera el desenlace sonriente, tumbado en la cama en pijama. Al poco, irrumpe ella con un grito de alegría, seguida por una amable portuguesa portadora de sus desayunos. *Muito obrigado*. No hay prisa; su *rendez-vous* para almorzar con Christophe y Anne en Montmartre: 12,30 h.

A petición de él, ella se pone el corpiño que apareció misteriosamente en la habitación del Marseille des Anges, en Buenos Aires. La camiseta vacante ha hallado su cuerpo. En efecto, la talla es su talla. ¿Le estaba destinada? Le hará unas fotos a contraluz, de espaldas, frente a la ventana. Con flash y sin flash. Mientras ella se coloca, él dispone improvisadamente los ropajes de la cama y la encuadra. Recuerda con vaguedad las mujeres frente a una ventada de Hopper, Vermeer, Hammershoi... Dispara varias veces.

Christophe Marchand-Kiss y Anne Kawala los reciben entrañables en su casa a pesar de acabar de regresar de Montpellier y tener un acto público a las pocas horas. Se adivina que su relación es apasionada y atormentada. Probablemente, acaban de reñir. Parecen desencajados. ¿O es el cansancio? Ellos le descubrieron el Bouillon Racine el 30 de septiembre. Estaban pletóricos. Fue una velada mágica con paseo, cena, copas... Los excesos etílicos se saldaron de forma grata. Hoy siente un cariño intenso por ellos.

Breton fue un auténtico avanzado de la autoficción, de la integración de imagen y texto... Por la tarde vuelven a la Maison de la Poésie, donde Claude Guerre, el director, les dedica unos minutos. Se siente más cerca de *Nadja* que de la más contemporánea autoficción. Victoria Cirlot tenía razón al incitarlo encarecidamente a una relectura. “La libertad [...] exige que se disfrute de ella sin restricciones en el tiempo en que se da, sin ningún tipo de consideración pragmática [...]. Nadja estaba hecha para servirla.” Así es.

Cenan chez Michaël Batalla & Virginie Linhard en la rue Château d’eau. También está invitada Monique Nizard, directora de la Cité européenne des Récollets. A Michaël debe la impecable edición de *Blanc : topoèmologie* en 2007. Él le descubrió Le Réveil du 10ème en enero. Sus amistosas reuniones en restaurantes parisinos son emotivas. En septiembre la habían celebrado en Roger la Grenouille (26, rue des Grands-Augustins). Van a pedir subvenciones para la traducción del *Álbum de la Antártida*. Un beau projet.

Ellos y Monique se retiran poco antes de medianoche. Mañana es lunes y sus anfitriones emprenden una dura semana. Al llegar al boulevard Magenta, se despiden. El hotel está a la vista, a la izquierda. Pero un bar atractivo los reclama desde la otra acera y ellos dos deciden tomar una copa de champagne. Así comentan y prolongan la jornada. Recuerda, viéndola y oyéndola charlar, la foto que le ha tomado antes del almuerzo, bajando por las escaleras de Montmartre. Y siguen flotando sobre París como ángeles luminosos.

Desayuno en la gare de l’Est, en la agradable cafetería ubicada tras la fachada, al lado de la farmacia. Ella acaba de cambiar su billete de vuelta en TGV para adaptarse a los servicios mínimos de la huelga anunciada para mañana. Hace un día soleado precioso. Están hablando absortos de sus libros, de literatura... Se produce en la mesa una sintonía magnética indescriptible, de gran densidad, que le provoca una erección embriagadora. Hoy la encuentra más bella que ayer y anteayer... brilla en todo su esplendor *elle à Paris*.

Qué decepción: cuando llegan al Grand Palais para ver la exposición de Turner, un aviso advierte a los visitantes de una espera mínima de dos horas y media... Cambio de planes. Le propone uno de sus paseos preferidos. Toman el metro frente al Jeu de Paume, hoy cerrado por ser lunes, y se apean en Hôtel de Ville. Tras mostrarle su Hôtel Paris Rivoli de otras ocasiones (19, rue de Rivoli), toman la rue du Pont Louis Philippe. En la esquina con François Miron, le señala, para otra vez, el bar mexicano La Perla.

Al pasar frente a la Galerie Agathe Gaillard, le pide que pose para una foto. Su *Álbum de la Antártida* incluye otra que tomó a su madre ante el mismo escaparate rojo. Aquélla, a medianoche. Ésta, a mediodía. Entonces había una gran retrospectiva de Avedon en el Jeu de Paume; en enero, lo cautivó la muestra *Fellini, la Grande Parade*. Esta foto y la de la habitación comparten ventana y tonos rojizos; *elle* de cara, *elle* de espaldas; en ambas, mirando a la luz de frente. Anverso y reverso de su estar presente.



¿Por qué lo atrae tanto la fotografía y su conjugación narrativa con el texto en literatura? Acabaría por hacer libros casi exentos de escritura, por crear literatura a partir de fotografías. ¿Una suerte de post-poesía en imágenes reverberando sobre una larga prehistoria textual? ¿Capturas de silencio? ¿En síndrome de abstinencia de la escritura? Recuerda ahora *Last Tango in Paris*, el film de Bertolucci. ¿*Delirium tremens* del amor? - *Garçon, une coupe de champagne et une Perrier*. Y la fotografía en el Louis Philippe.

El 5 de enero, mientras cenaban en Le Réveil du 10ème, Michaël lo había puesto sobre la pista de Denis Roche, poeta y fotógrafo. El día 6, en plena nevada, fue por la rue Saint-André des Arts (se alojaba en el Paris Rivoli) hasta la Librairie La Hune, en el boulevard Saint-Germain, donde se compró el libro *La photographie est interminable: entretien avec Gilles Mora*, de Denis Roche (Seuil, 2007), que leyó entero por la tarde en su vuelo de regreso a Barcelona. Louis Philippe, Montmartre. Anverso, reverso. Elle.

Hoy, 22 de marzo, están repitiendo los dos su ruta solitaria del 6 de enero, también a la hora del aperitivo, camino del boulevard Saint-Germain. Cruzan el puente Louis Philippe, después el puente Saint-Louis, bordean Notre-Dame por el norte, y flanquean la fachada encaminándose a la place de Saint-Michel, para continuar por la rue de Saint-André des Arts. En la librairie Taschen, él le regala una monografía de Doisneau que exhibe en la cubierta *Le Baiser de l'Hôtel de Ville* (1950), tal vez su foto más conocida.

Poco después, al cruzar la rue Mazarine, reconocen la mesita exterior de Le Buci donde ayer, apretados a la francesa, tomaron champagne. Enfrente, a pocos metros, se halla la Librairie Mazarine. Allí se presentó el nº 4 de *New Magazine*, en el que colaboró con "Envol: palimpseste". Su pasado parisino se vertebra de repente en la rue de Saint-

André des Arts. Y ella descubre con júbilo una heladería Amorino, su cadena preferida; pero es demasiado tarde: han quedado para almorzar con Jean-Pierre y Claudette Balpe.

Se reúnen con ellos, tras cruzar el boulevard Saint-Germain, en La Petite Cour, 8 de la rue Mabillon, donde el antiguo mercado. Cuando la ve descender por las escaleras de acceso al patio subterráneo, recuerda en cadena, precipitadamente, el descenso que fotografió ayer en Montmartre, le *Nu descendant un escalier* de Marcel Duchamp, *L'Esprit de l'escalier* de Marcel Mariën... y decide hacerle una foto de súbito. Este restaurante apacible es un lugar de encuentro *charmant* en medio del bullicio urbano.

La noche que se conocieron, Elle estaba de paso por Barcelona. Los había puesto en contacto Ana Becciu, la escritora argentina, amiga de ambos. Se lo agradecerán siempre. Se citaron a última hora en la Biblioteca, por cuyas dependencias pasearon, y después cenaron en el Cafè de l'Acadèmia, intramuros romanos. Como ella estaba acatarrada y llovía, hicieron el trayecto en auto. Ambos se embelesaron en la mesa hasta el cierre del restaurante. Después, de nuevo bajo la lluvia, él evocaba el film *La Notte*, de Antonioni.

Jean-Pierre Balpe es el director de la Biennale Internationale des Poètes en Val-de-Marne y Claudette, su mujer, una destacada científica. Los conoció a raíz de su participación en Notopos de septiembre (materializada en la performance de la Maison de la Poésie). Aunque la invitación provenía de Christophe. Como quiere pedir una *résidence d'écrivain* en París para medio año, espera que lo aconsejen sobre las estrategias a seguir. Y también que Elle los conozca. El almuerzo resulta muy cordial.

¿Cómo explicarse que cuando se vieron por primera vez tuvo la impresión de recordarla, de conocer su cuerpo oculto en la indumentaria, la palpatura de su piel intacta, las modulaciones de su voz inaudita, su aliento y sus pasiones, como si hubiera compartido otra vida con ella? Y esa impresión de reencuentro, por añadidura, era tan reconfortante... André Breton habló de *azar objetivo*. Y aquí vuelve la escalera ascendente de Marcel Mariën: un par de zapatos vacíos suben los primeros escalones...

En el Cafè de l'Acadèmia, pidió una botella de Abellars, un tinto Priorat que le encanta. Cuando se la sirvieron, brindaron. Entonces, ella lo atravesó como un rayo con sus ojos verdes, intensos y brillantes de soslayo. Un escalofrío lo sacudió, un momentáneo temblor que lo obligó a bajar la mirada sobre la copa, y la sorbió. Al final de la cena, cuando devolvió la mirada con parecida intensidad, un largo mechón del cabello de ella se prendió con la velita de la mesa. Un segundo incendio sofocado a su vez en seguida.

Hopper pintó también algunas escaleras. Como la del 48 de la rue de Lille, donde se alojó de joven en París. Ayer por la noche, la escalera de Michaël y Virginie le recordaba ese lienzo. ¿O fue la escalera de Anne y Christophe al mediodía? Nuestra mente está llena de escaleras cruzadas atravesando sus distintos niveles. ¿Anticipan porvenires, los zapatos ascendentes de Mariën, o el misterioso corpiño aparecido en Buenos Aires? Tras subir la escalera, se despiden de Jean-Pierre y Claudette en la calle.

Elle quiere un helado y él *une coupe de champagne*. Les quedan pocos minutos para la despedida y ambos desean apurarlos. En Amorino, se decide por la opción de dos bolas y media: vainilla y pistacho con media de Málaga. Una vez fuera, le da a probar los tres sabores, uno a uno, con su cucharita. Él se demora calmo en el ritual de degustación. A

continuación, toman asiento en Le Buci apretujándose en la única mesita libre en la acera, ante la Librairie Mazarine. – *Garçon, une coupe de champagne et un verre d'eau.*

Él la abraza por el hombro a su vera izquierda sintiendo el palpito de tan delicado cuerpo como si tuviera un frágil gorrión en la palma de una mano. Les apetecería compartir una creación, están de acuerdo. ¿Un poema, un libro? Ella prefiere un libro. Y de una cucharadita del helado surge el título: *El color de la vainilla*. El proyecto queda bautizado. ¿Cómo lo firmarán y habitarán? Con pseudónimos: ella se llamará Maga y él Roman. La Maga cree que el placer es adictivo y se siente gravemente feliz. *Et lui aussi.*

Roman, a modo de secretario, anota meticulosamente estas coordenadas fundacionales en una hojita cuadrada de las que usa habitualmente. Lo hace con el trasnochado bolígrafo Parker diseñado en los años cincuenta, sobre la trasnochada mesita redonda de mármol de *l'après-Guerre* en Le Buci. Paris, 22 mars 2010 à l'après-midi: La Maga y Roman fundan *El color de la vainilla*. ¿Por qué las casas de Paris tienen color de helado de vainilla? Esperan descubrir el misterio durante la ejecución de su ambicioso proyecto.

Tras un efusivo abrazo, ella se va. Desde el otro lado de la rue Mazarine, se vuelve sonriente con la mano alzada. Él le responde moviendo la suya, alzada también, sentado aún tras la mesita redonda. “La felicidad es no tener jefes e ir andando al trabajo”, leía en la contraportada de *La Vanguardia* del 24 de febrero. Al pasar por la habitación para recoger su maleta, entreabre un momento la ventana por donde ella miró con el corpiño puesto. La felicidad, piensa, es gozar del color de la vainilla por el color de la vainilla...



## BAR DEL CENTRE CÍVIC PARC SANDARU

c/ Buenaventura Muñoz - c/ Nàpols

<http://www.ccparsandaruc.cat/>

EXPOSICIÓN FOTOS - NOVIEMBRE 2010



Texto y fotos integran el capítulo 7 del libro en proceso *Álbum errante*, que cerrará la trilogía desarrollada por R. Dachs con *Álbum del trasiego* y *Álbum de la Antártida* (La Tempestad, 2008 y 9)  
<http://www.hermeneia.net/interminims/autorc.htm>  
Disponible en: <http://www.revistalaboratorio.cl/>

Capítulo en complicidad con la cantautora argentina residente en La Rochelle **Marina Cedro**  
<http://www.marinacedro.com/>

Fotos de R.D. cedidas por **aDa Art Gallery**  
<http://www.ada-bcn.com/>